

843  
9.

P00005  
.C8  
56  
U.2



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

FL

EL COLLAR  
DE LA REINA

---

SEGUNDA PARTE

---

CAPÍTULO PRIMERO.

LA CUBETA.

El cuadro que hemos tratado de trazar en el capítulo anterior, de la época en que se vivía y de los nombres que entonces llamaban la atención, puede legitimar á los ojos de nuestros lectores ese inexplicable afán de los parisienses por el espectáculo de las curas operadas por Mesmer.

Así Luis XVI que tenía, si no la curiosidad, á lo menos la apreciación de las novedades que hacían ruido en su

buena ciudad de París, había permitido á la reina el ir á ver una vez lo que todos habían visto, aunque, como se recordará, á condición de que una princesa había de acompañar á la augusta visitante.

Dos días habían trascurrido desde la visita hecha por el cardenal de Rohán á madama de La Motte.

El tiempo se había endulzado; había principiado el deshielo, y un ejército de barrenderos, alegres y orgullosos de acabar con el invierno, arrojaban á los sumideros con el ardor con que los soldados abren un foso, las últimas nieves muy enlodadas y derritiéndose en negros arroyos.

El cielo, azul y límpido, se iluminaba con las primeras estrellas, cuando madama de La Motte, vestida con elegancia y ostentando todas las apariencias de la riqueza, llegó en un fiacre que la señora Clotilde había escogido lo más nuevo posible, y se paró en la plaza Vendome, frente á una casa de grandioso aspecto, y cuyas altas ventanas estaban espléndidamente iluminadas en toda la fachada.

Aquella casa era la del doctor Mesmer.

Además del fiacre de madama de La Motte, estaba parado delante de la misma casa un gran número de coches y de sillas de manos; y en fin, además de estos coches y sillas de manos, se paseaban por el lodo doscientos ó trescientos curiosos, aguardando la salida de los enfermos curados ó la entrada de los enfermos que iban á curarse.

Estos, casi todos ricos y títulos, llegaban en sus coches con blasones, se hacían apeaar por sus lacayos, y estos fardos de nueva especie, encerrados en ropones de pieles ó en capas de raso, no eran un insignificante consuelo para los desgraciados hambrientos y medio desnudos que acechaban á la puerta esa prueba evidente á que Dios sujeta á

los hombres sanos ó enfermos sin consultar su árbol genealógico.

Cuando uno de esos enfermos de rostro pálido y miembros lánguidos había desaparecido bajo la puerta principal, formábase entre los concurrentes un murmullo, y era muy raro que ese gentío curioso é inteligente, que veía agolparse á la puerta de los bailes y bajo los pórticos de los teatros toda aquella aristocracia ávida de placeres, no reconociese ya á este duque paralítico de un brazo ó una pierna, ya á aquel mariscal de campo cuyos pies se negaban al servicio menos por causa de las fatigas de la marcha militar que por el estremecimiento de los altos, hechos en casa de las actrices de la Opera ó de la Comedia italiana.

No necesitamos decir que las investigaciones de la multitud no se fijaban sólo en los hombres.

También esa señora á quien se había visto pasar en brazos de sus jeduques, con la cabeza pendiente, los ojos lánguidos, como las damas romanas á quienes trasportaban sus tesalienses después de la comida, esa señora, sujeta á dolores nerviosos, ó debilitada por excesos y veladas, y que no había podido ser curada ó resucitada por esos cómicos de moda, ó por esos ángeles vigorosos de quienes tan pasmosas relaciones podía hacer madama Dugazón, iba á demandar á la cubeta de Mesmer lo que en vano había buscado en otra parte.

Y no se crea que exageramos aquí á nuestro antojo el envilecimiento de las costumbres. Es preciso confesar que en esa época había asalto entre las damas de la corte y las actrices del teatro; éstas arrebatában á aquéllas sus amantes ó amigos, y aquéllas robaban á las actrices del teatro sus camaradas y sus primos al estilo de Bretaña.

Algunas de esas señoras eran tan conocidas como los hombres, y sus nombres circulaban por entre la multitud de una manera tan ruidosa y mucho más, y sin duda no eran aquellas cuyo nombre hubiese producido el menor escándalo; muchas se evadían, al menos esa noche, del rumor y de la publicidad yendo á casa de Mesmor con el rostro cubierto de una máscara de raso.

• Era porque ese día, que marcaba la mitad de la cuaresma, había en la Opera baile de máscaras, y esas señoras contaban pasar al Palacio Real así que saliesen de la plaza de Vendome.

Por entre ese gentío deshecho en quejas, en ironía, en admiración, y con especialidad en murmullos, pasó la condesa de La Motte tiesa y firme, con una careta en el rostro, y sin dejar tras sí más huella que esta frase repetida á su paso:

— ¡ Ah ! ¡ ésta no debe estar muy enferma !

Pero no hay que equivocarse creyendo que esta frase implicaba falta de comentarios.

Porque si madama de La Motte no estaba enferma, ¿ qué iba á hacer en casa de Mesmor ?

Si aquella multitud hubiese estado, como nosotros, al corriente de los acontecimientos que acabamos de referir, habría hallado que no había nada más natural que esto.

En efecto, madama de La Motte había reflexionado mucho en su conversación con el cardenal de Rohán, y especialmente en la particular atención con que éste había honrado la cajita del retrato, olvidada, ó más bien perdida en su casa.

Y como en el nombre de la propietaria de aquella cajita estaba toda la revelación de la súbita amabilidad del cardenal, madama de La Motte había excogitado dos medios de saber ese nombre.

Primero, recurrió al más sencillo. Se fué á Versalles para informarse en la administración de la casa de Caridad de las damas alemanas.

Pero allí, como se supone, no había recogido ninguna noticia.

Las señoras alemanas que habitaban Versalles eran numerosas, á causa de la manifiesta simpatía que la reina profesaba á sus compatriotas: había ciento cincuenta ó doscientas. Solo que, aunque eran todas muy caritativas, á ninguna se le había ocurrido el poner un rótulo en la administración de Caridad.

De consiguiente Juana no pudo pedir informes sobre las dos señoras que habían ido á visitarla, y nada adelantó con decir que una de ellas se llamaba Andrea, porque no conocían en Versalles á ninguna señora alemana de este nombre, el cual era además muy poco alemán.

Así, las investigaciones por este lado no produjeron resultado ninguno. Preguntar directamente al cardenal de Rohán el nombre que él sospechaba, tenía el inconveniente, primero de dejar entrever que tenía ciertas ideas acerca de él, y luego, de privarse del placer y del mérito de un descubrimiento hecho á pesar de todos y fuera de todas las probabilidades.

Y puesto que había misterio en la visita hecha por aquellas señoras á Juana, misterio en el asombro y las reticencias de M. de Rohán, era preciso llegar con ese misterio á descifrar tantos enigmas.

Además el carácter de Juana era en extremo inclinado á esa lucha con lo incógnito.

Había oído decir que hacía algún tiempo residía en París un hombre, un iluminado, un factor de milagros, que había

hallado el medio de expulsar de los cuerpos humanos las enfermedades y los dolores, como Jesucristo expelía los demonios del cuerpo de los poseídos.

Sabía que ese hombre no sólo curaba los males físicos, sino que arrancaba del alma el doloroso secreto que la minaba; que bajo su omnipotente conjuro se había visto la voluntad tenaz de sus clientes flaquear y transformarse en una docilidad de esclava.

Así, en el sueño que sucedía á los dolores después que el sabio médico había calmado la organización más irritada sepultándola en un olvido completo, el alma, encantada del reposo que debía al encantador, se ponía á completa disposición de ese nuevo dueño, quien desde entonces dirigía todas sus operaciones, todos los hilos, y cada pensamiento de esa alma agradecida le parecía transmitido por un lenguaje que tenía sobre el lenguaje humano la ventaja ó desventaja de no mentir jamás.

Aun había mucho más; esa alma, saliendo del cuerpo que le servía de cárcel á la primera orden del que momentáneamente la dominaba, recorría el mundo, mezclábase á las otras almas, las sondeaba sin descanso, registrábalas implacablemente, y lo hacía tan bien que, como el perro de caza que levanta la pieza de entre los matorrales en que se oculta creyéndose segura, acababa por hacer salir ese secreto del corazón donde estaba sepultado, lo perseguía, lo atrapaba y venía á ponerlo á los pies de su señor: imagen bastante fiel del halcón ó del gavilán bien enseñado, que va á buscar bajo las nubes, por cuenta de su dueño, la garza, la perdiz ó la cugujada designada á su foroz servilismo.

De ahí nacía la revelación de una porción de secretos

maravillosos. Por ese medio madama de Duras había hallado un hijo que le habían robado á su nodriza; madama de Chantoné un perro inglés, del tamaño de un puño, por el que habría dado ella todos los hijos del mundo, y M. de Vaudreuil un bucle de pelo por el que habría dado la mitad de su fortuna.

Estas revelaciones habían sido hechas por sonámbulos ó sonámbulas, á consecuencia de las operaciones magnéticas del doctor Mesmer.

Así, se podía ir á buscar en la casa del ilustre doctor los secretos más propios para ejercer esa especie de adivinación sobrenatural, y madama de La Motte, asistiendo á una sesión, contaba con hallar aquel fénix de sus curiosas investigaciones, y descubrir por ese medio á la dueña de la cajita que á la sazón formaba el objeto de sus más ardientes preocupaciones.

He ahí por qué se dirigía con tanta solicitud al salón donde se reunían los enfermos.

Perdónenos el lector si hacemos una descripción particular de ese salón, descripción que juzgamos necesaria y en que vamos á entrar francamente.

El aposento se dividía en dos salas principales.

Cuando uno había atravesado las antesalas y exhibido los pasaportes necesarios á los porteros de servicio, era admitido en un vasto salón cuyas ventanas herméticamente cerradas interceptaban la luz y el aire durante el día, y el ruido y la brisa durante la noche.

En medio del salón, bajo una araña cuyas bujías derramaban una luz débil y vacilante, se veía una vasta cubeta tapada con una cobertera.

Esa cubeta no era nada elegante en su forma, ningún

ropaje cubría la desnudez de sus flancos de metal ; y era la que se llamaba cubeta de Mesmer.

¿ Qué virtud se encerraba en esa cubeta ? Nada más fácil de explicar.

Estaba llena casi hasta arriba de agua cargada de principios sulfúricos, cuya agua concentraba sus miasmas bajo la cobertera para á su vez saturar de ellos las botellas colocadas metódicamente en el fondo de la cubeta en disposiciones inversas.

De ese modo se cruzaban corrientes misteriosas á cuya influencia debían los enfermos su cura.

Á la cobertera estaba soldado un anillo de hierro que sostenía una larga cuerda, cuyo uso vamos á conocer echando una mirada sobre los enfermos.

Estos, á quienes hemos visto entrar hace un momento en el hotel, se mantenían pálidos y lánguidos, sentados sobre sillones colocados alrededor de la cubeta.

Hombres y mujeres mezclados, indiferentes, serios, inquietos, aguardaban el resultado de la prueba.

Un criado, cogiendo la punta de aquella larga cuerda atada á la cobertera de la cubeta, la arrollaba alrededor de los miembros enfermos, de suerte que todos, ligados por la misma cadena, percibieran al mismo tiempo los efectos de la electricidad contenida dentro de la cubeta.

Luego, á fin de no interrumpir de ningún modo la acción de los fluidos animales transmitidos y modificados en cada naturaleza, los enfermos, por recomendación del doctor, cuidaban de tocarse uno á otro ya con el codo ó bien con el hombro, de modo que la cubeta salvadora enviase simultáneamente á todos los cuerpos su calor y su regeneración poderosos.

Esta ceremonia medical presentaba ciertamente un espectáculo curioso, y no se extrañará que excitase la curiosidad parisiense en tan alto grado.

Veinte ó treinta enfermos colocados alrededor de aquesta cubeta ; un criado mudo como los asistentes y enlazando á estos con una cuerda, como Laocoon y sus hijos con los anillos de sus serpientes ; luego, retirándose ese mismo hombre con furtivo paso después de designar á los enfermos las varillas de hierro que, encajonadas en ciertos agujeros de la cubeta, debían servir de conductores más inmediatamente locales á la acción saludable del fluido mesmeriano.

Y primeramente, así que se abría la sesión, principiaba á circular por el salón cierto calor dulce y penetrante, que suavizaba las fibras un poco tirantes de los enfermos, iba subiendo por grados desde el pavimento hasta el techo, y al punto se impregnaba de perfumes delicados, bajo cuyo vapor se inclinaban aturcidos los cerebros más rebeldes.

Entonces se veía á los enfermos abandonarse á la impresión voluptuosa de aquella atmósfera, cuando de súbito una música dulce y vibrante ejecutada por instrumentos y músicos invisibles, se perdía como una suave llama entre aquellos perfumes y calor.

Pura como el cristal en cuyo borde nacía, aquella música agitaba los nervios con irresistible poder, á la manera de esos ruidos misteriosos y desconocidos de la naturaleza que pasman y encantan á los mismos animales, ó de una queja del viento en las espirales sonoras de las peñas.

Á los sonidos del armónico se unían muy luego voces armoniosas, agrupadas como una masa de flores ; cuyas notas, esparcidas como hojas, volaban al punto sobre la cabeza de los asistentes.

En todos los rostros, animados al principio por la sorpresa, se iba pintando poco á poco la satisfacción material, acariciada por todos sus lados sensibles. El alma cedía; salía de ese refugio en que se oculta cuando la asedian los males del cuerpo, y derramándose libre y alegre por toda la organización, domaba la materia y se transformaba.

Ese era el momento en que cada enfermo había cogido entre sus dedos una varilla de hierro sujeta á la cobertera de la cubeta, y dirigía esa varilla sobre su pecho, su corazón ó su cabeza, sobre el asiento más especial de la enfermedad.

Figúrese entonces la beatitud reemplazando en todos los rostros á los dolores y la ansiedad; represéntese el adormecimiento egoísta de esas satisfacciones que absorben, el silencio entremezclado de suspiros, y se formará la idea más exacta posible de la escena que acabamos de bosquejar á dos tercios de siglo del día en que pasó.

Ahora digamos algunas palabras más particulares sobre los actores.

Primeramente, estos se dividían en dos clases: los unos enfermos, poco cuidadosos de lo que se llama respeto humano, límite muy venerado por las personas de condición mediana, pero salvado siempre por los muy grandes ó los muy pequeños; los otros, decimos, verdaderos actores, no habían ido á aquel salón sino para ser curados, y trataban con el mayor ahínco de conseguirlo.

Los otros, escépticos ó simples curiosos, sin padecer ninguna enfermedad, habían penetrado en casa de Mesmer lo mismo que en un teatro, ya que quisiesen explicarse el efecto experimentado cuando rodeaban la cubeta encantada, ó bien que, simples espectadores, hubiesen querido

puramente estudiar ese nuevo sistema físico, y no se ocupasen más que de mirar á los enfermos y aun á los que estando sanos participaban de la cura.

Entre los primeros, fogosos adeptos de Mesmer, ligados á su doctrina tal vez por gratitud, distingúfase una joven de elegante talle y linda cara, y de un traje extravagante, que, sometida á la acción del fluido y aplicándose á sí misma con la varilla las más fuertes dosis sobre la cabeza y sobre el epigastro, principiaba á poner sus ojos en blanco como si todo languideciese en ella, mientras que sus manos se estremecían bajo esas primeras irritaciones nerviosas que indican la invasión del fluido magnético.

Cuando su cabeza se caía hacia atrás sobre el sillón, los asistentes podían mirar á sus anchuras aquella frente pálida, aquellos labios convulsivos y aquel hermoso cuello jaspeado por el flujo y reflujo más rapido de la sangre.

Entonces, dos ó tres cabezas de los asistentes, muchos de los cuales tenían con asombro fija la vista en esa joven, inclinándose una á otra, se comunicaban una idea sin duda extraña que redoblaba la atención recíproca de aquellos curiosos.

Entre esos curiosos se hallaba madama de La Motte que, sin temor de ser reconocida ó cuidándose poco de que la reconociesen, tenía en la mano la carota de raso con que se había cubierto el rostro para atravesar el gentío.

Por lo demás, según el modo con que estaba colocada, casi no podía fijarse en ella una mirada, pues estaba junto á la puerta arrimada á una pilastra velada por una cortina, desde donde lo veía todo sin ser vista.

Peró, entre todo lo que veía, lo que le parecía más digno de atención era sin duda la figura de aquella joven electrizada por el fluido mesmeriano.

En efecto, le había chocado tanto aquella figura, que hacía muchos minutos no se movía de su sitio donde estaba clavada por una irresistible avidez de ver y saber.

— ¡ Oh ! murmuraba sin apartar la vista de la hermosa enferma; es á no dudarlo la dama de Caridad que ha estado la otra noche en mi casa, y que es la causa singular de todo el interés que me ha manifestado monseñor de Rohán !

Y bien convencida de que no se equivocaba, deseosa de la casualidad que hacía en su favor lo que no habían podido hacer sus propias pesquisas, se acercó.

Pero en aquel momento la joven convulsa cerró los ojos, crispó la boca y azotó débilmente el aire con ambas manos; con aquellas manos que, preciso es decirlo, no eran enteramente las manos finas y afiladas, de una blancura de cera, que algunos días antes había admirado madama de La Motte en su casa.

El contagio de la crisis fué eléctrico en la mayor parte de los enfermos: el cerebro se había saturado de ruido y de perfumes; toda la irritación nerviosa estaba provocada; y bien pronto hombres y mujeres, arrastradas por el ejemplo de su joven compañera, principiaron á lanzar suspiros, murmullos y risas, y, agitando los brazos, las piernas y cabezas, entraron franca é irresistiblemente en aquel acceso al que el maestro había dado el nombre de crisis.

En este momento, apareció en el salón un hombre sin que nadie le hubiese visto entrar, y sin que ninguno pudiese quizás decir cómo había entrado.

¿ Salía de la cubeta como Febo? Apolo de las aguas ¿ era el vapor embalsamado y armonioso del salón que se condensaba? Lo cierto es que se halló allí de súbito, y que

su casaca color de lila, tierno y fresco, su hermosa cara pálida inteligente y serena, no desmintieron el carácter un poco divino de aquella aparición.

Llevaba en la mano una larga vara, apoyada ó más bien empapada, por decirlo así, en la famosa cubeta.

Hizo una señal; abriéronse las puertas, acudieron veinte criados robustos, y cogiendo con diestra rapidez á cada uno de los enfermos que principiaban á perder el equilibrio en sus sillones, los trasportaron en menos de un minuto á la sala contigua.

En el momento de esta operación, que se había hecho interesante, especialmente por el parasismo de beatitud furiosa á que se entregaba la joven convulsa, madama de La Motte, que se había adelantado con los curiosos hasta la nueva sala destinada á los enfermos, oyó á un hombre exclamar:

— ¡ Es ella ! ¡ es ella indudablemente !

Madama de La Motte se disponía á preguntar á aquel hombre :

— ¿ Quién es ella ?

De súbito entraron en el fondo de la primera sala dos señoras apoyadas una en otra, y seguidas á cierta distancia por un hombre que tenía todo el exterior de un lacayo de confianza, aunque estaba disfrazado con un traje de paisano.

El aire de aquellas dos señoras y especialmente el de una de ellas, llamó tanto la atención de la condesa que dió un paso hacia ellas.

En este momento un gran grito salido de la sala y escapado de los labios de la convulsa, atrajo á todos hacia aquel lado.

Al punto el hombre que había dicho ya: « ¡ Es ella ! » y que se hallaba cerca de madama de La Motte, exclamó con sorda y misteriosa voz:

— Pero, señores, ¿ qué hacéis que no miráis ? Es la reina.

Al oír estas palabras Juana se estremeció.

— ¡ La reina ! exclamaron á un tiempo muchas voces espantadas y sorprendidas.

— ¡ La reina en casa de Mesmer !

— ¡ La reina en una crisis ! repitieron otras voces.

— ¡ Oh ! ¡ es imposible ! decía uno.

— Mirad, respondió el desconocido tranquilamente, ¿ conocéis á la reina ?

— ¡ En efecto ! murmuraron los más de los asistentes ; es increíble la semejanza.

Madama de La Motte tenía una careta como todas las mujeres que, después de salir de casa de Mesmer, pensaban ir al baile de la Opera. De consiguiente podía preguntarse sin ningún riesgo.

— Caballero, dijo al hombre de las exclamaciones, que tenía un cuerpo voluminoso, una cara llena y colorada, con unos ojos centellantes y muy observadores, ¿ no decís que está aquí la reina ?

— ¡ Oh ! madama, no cabe ninguna duda, respondió.

— ¿ Y dónde está ?

— Aquella joven que se ve allá sobre unos almohadones morados, en una crisis tan ardiente que no puede moderar sus trasportes, es la reina.

— Pero ¿ en qué os fundáis, caballero, para decir que esa mujer es la reina ?

— Me fundo simplemente, señora, en que esa mujer es

la reina ; replicó imperturbablemente el personaje acusador.

Y dejó á su interlocutora para ir á apoyar y propagar la noticia entre los grupos.

Juana se separó del espectáculo casi repugnante que presentaba la epiléptica, pero no bien había dado algunos pasos hacia la puerta, cuando se halló cara á cara con las dos señoras que, antes de entrar en la casa de los convulsos, estaban mirando, no sin vivo interés, las varillas de hierro y la cobertera.

Apenas vió Juana el rostro de la mayor de las dos señoras, lanzó un grito.

— ¿ Qué es eso ? preguntó la señora.

Juana se arrancó con viveza la careta, y dijo:

— ¿ Me reconocéis ?

La señora exhaló una exclamación y casi al mismo tiempo reprimió un movimiento.

— No, señora, respondió con cierta turbación.

— Pues yo os reconozco á vos y voy á daros una prueba.

Al oír esta interpelación, las dos señoras se estrecharon una contra otra espantadas.

Juana sacó de su bolsillo la cajita del retrato.

— Habéis olvidado en mi casa esta caja, dijo.

— Y aun cuando así fuese, señora, ¿ por qué tanta emoción ? preguntó la mayor.

— Estoy conmovida por el peligro que corre aquí V. M.

— Explicaos.

— ¡ Oh ! no lo haré antes que os pongáis esta máscara, señora.

Y alargó la máscara á la reina, que vacilaba creyéndose bastante oculta bajo su cofia.



— ¡Por favor, no perdáis un momento! prosiguió Juana.

— ¡Ponéosla, señora, ponéosla! dijo en voz baja á la reina la otra señora.

La reina se puso maquinalmente la máscara.

— ¡Y ahora venid, venid! dijo Juana.

Y se llevó á las dos señoras con tanta viveza, que éstas no se pararon hasta la puerta de la calle, donde se hallaron al cabo de algunos segundos.

— Pero en fin... dijo la reina respirando.

— ¿No ha visto nadie á V. M.?

— Creo que no.

— Tanto mejor.

— Pero en fin, explicaos...

— Suplico á V. M. que por ahora crea á su fiel servidora cuando viene á decirle que corre el mayor peligro.

— Pero ¿qué peligro es ese?

— Tendré el honor de decirlo todo á S. M. si se digna un día concederme una hora de audiencia, pues es largo de contar, y S. M. puede ser observada y reconocida.

Y como viese que la reina manifestaba alguna impaciencia, dijo á la princesa de Lamballe:

— ¡Oh! señora, os suplico que os unais á mí para obtener que S. M. se marche en este mismo instante.

La princesa hizo un ademán suplicante.

— Vámonos, puesto que lo queréis, dijo la reina.

Luego, volviéndose á madama de La Motte, añadió:

— Me habéis pedido una audiencia.

— Aspiro al honor de dar á V. M. la explicación de mi conducta.

— Pues bien, traedme esa caja y preguntad por el conserje Lorenzo, el cual estará advertido.

Y volviéndose hacia la calle:

— *Kommen sie da, Weber*, gritó en alemán.

Aproximóse con rapidez una carroza, y las dos princesas se lanzaron dentro de ella.

Madama de La Motte permaneció en la puerta hasta que perdió de vista la carroza.

— ¡Oh! exclamó en voz baja, he obrado bien en hacer lo que hice; pero en cuanto á lo sucesivo... reflexionemos.

## CAPÍTULO II.

LA SEÑORITA OLIVA.

En este intermedio, el hombre que había señalado la pretendida reina á las miradas de los presentes, daba una palmadita en el hombro de un espectador de ojo ávido y vestido raído, diciéndole:

— ¡He ahí una excelente materia de un artículo, para vos que sois periodista!

— ¿Cómo así? replicó el periodista.

— ¿Queréis un epígrafe?

— Con mucho gusto.

— Helo aquí: « Del peligro que hay en ser súbdito de un país cuyo rey es gobernado por la reina, que es aficionada á las crisis. »

El periodista se echó á reír.

— ¿Y la Bastilla? dijo.

— ¡Valiente dificultad! ¿No hay por ventura los anagramas, con cuyo auxilio se burla uno de todos los censores reales? Decidme si podrá nunca un censor prohibiros el contar la historia del príncipe Siul y la princesa Ateniotna, soberana de Narfaic. ¡Eh! ¿qué os parece?

— ¡Oh! ¡sí, admirable idea! exclamó el periodista inflamado.

— Y os ruego que creais que un capítulo intitulado: *Las crisis de la princesa Ateniotna en casa del fakir Rensem* obtendría un gran triunfo en los salones.

— Opino como vos.

— Id, pues, y escribidnos eso de vuestra mejor tinta.

El periodista estrechó la mano del desconocido.

— ¿Os enviaré algunos números? dijo. Lo haré con el mayor placer si tenéis á bien decirme vuestro nombre.

— ¡Indudablemente! La idea me encanta, y ejecutada por vos debe ganar ciento por ciento. ¿Cuántos ejemplares soléis tirar de vuestros folletos?

— Dos mil.

— ¿Me queréis hacer un servicio?

— Con el mayor gusto.

— Tomad estos cincuenta luises y mandad que tiren hasta seis mil ejemplares.

— ¡Cómo! caballero. ¡Oh! vos me colmáis de favores.. Al menos que sepa yo el nombre de tan generoso protector de las letras.

— Os lo diré dentro de ocho días, mandando tomar en vuestra casa mil ejemplares, á dos libras cado uno, ¿no es así?

— Voy á trabajar día y noche, caballero.

— Y que sea cosa divertida.

— Hará llorar de risa á todo París, menos una persona

— Que llorará lágrimas de sangre, ¿no es verdad?

— ¡Oh! ¡cuánto talento tenéis, caballero!

— Sois muy bondadoso. Á propósito; fehad la publicación de Londres.

— Como siempre.

— Caballero, quedo á vuestro servicio.

Y el grueso desconocido despidió al folletista, quien se escabulló con sus cincuenta luises en el bolsillo, ligero como un ave de mal agüero.

El desconocido se quedó solo, ó más bien sin compañero, volvió á mirar en la sala de las crisis á la joven cuyo éxtasis había sido reemplazado por una postración absoluta, y cuyas faldas un poco indiscretas bajaba castamente una doncella destinada al servicio de las señoras.

Notó en aquella delicada hermosura esas facciones finas y voluptuosas, la noble gracia de aquel sueño abandonado, y luego volviendo atrás dijo:

— No cabe duda, la semejanza no puede ser mayor. Dios, que la ha criado, tenía sus designios; ha condenado de antemano á la otra á quien ésta se parece.

Cuando acababa de formular este pensamiento amenazador, la joven se levantó lentamente de entre los almohadones y apoyándose en el brazo de la que estaba á su lado, que había despertado ya de la crisis, se ocupó en arreglar su traje, que se hallaba muy en desorden.

Al ver la atención con que la miraban los circunstantes, ruborizóse un poco, respondió con coqueta urbanidad á las preguntas graves y amables de Mesmer, luego, estirando sus torneados brazos y sus lindas piernas como una gata que acababa de despertar, atravesó los tres salones, recorriendo, sin perder una sola, todas las miradas, ya burlonas, ya codiciosas ó bien espantadas, que le dirigían los asistentes.

Pero lo que la sorprendió hasta el punto de arrancarle una sonrisa, fué que al pasar por delante de un grupo que

estaba cuchicheando en un rincón de la sala, en lugar de ojeadas y dichos galantes, recibió una andanada de reverencias tan respetuosas, que ningún cortesano francés habría hallado otras más entonadas y más severas para saludar á su reina.

Y en realidad ese grupo atónito y respetuoso se había reunido apresuradamente por aquel desconocido infatigable que, oculto detrás de ellos, les decía á media voz:

— No importa, señores, no importa; no por eso deja de ser la reina de Francia; saludemos, saludemos por lo bajo.

La joven, objeto de tanto respeto, atravesó con una especie de inquietud el pequeño vestíbulo y llegó al patio.

Allí, sus ojos fatigados buscaron un fiacre ó una silla de manos, pero no halló ni uno ni otro, sólo que, al cabo como de un minuto de indecisión, cuando ya ponía su lindo piececito en la calle, se aproximó á ella un gran lacayo, diciendo:

— ¡ El coche de la señora !

— Yo no tengo coche, replicó la joven.

— ¿ Habéis venido en un fiacre, señora ?

— Sí.

— ¿ De la calle de la Delfina ?

— Sí.

— Voy á conducirlos á vuestra casa.

— Bien; conducidme, dijo la joven con tono resuelto, sin haber conservado más de un minuto la especie de inquietud que lo imprevisto de esta proposición habría causado en cualquier otra mujer.

El lacayo hizo una seña á la que respondió al punto una carroza de buena apariencia que corrió á recibir á la joven en el peristilo.

El lacayo levantó el estribo, y gritó al cochero : Á la calle de la Delfina.

Los caballos partieron con rapidez, y cuando llegó al Puente Nuevo, la joven, á quien, como dice Lafontaine, gustaba mucho aquel modo de caminar, sentía no vivir en el Jardín de Plantas.

Paróse el coche ; bajóse el estribo, y al punto el lacayo, bien avisado, alargó la mano para recibir de la joven el picaporte con cuyo auxilio entraban en casa los habitantes de las treinta mil casas de París que no eran hoteles ni tenían portero ni suizo.

El lacayo abrió la puerta para evitar esa incomodidad á los dedos de la joven ; luego, al penetrar ésta en la obscuridad, la saludó y cerró la puerta.

La carroza se puso de nuevo en marcha y desapareció.

— En verdad que es una aventura agradable, exclamó la joven. Es muy galante de parte de Mesmer. ¡ Oh ! ¡ qué fatigada estoy ! Sin duda lo había él previsto, es un médico excelente.

Y al terminar estas palabras, se hallaba ya en el segundo piso de la casa, en un descanso al que daban las puertas.

Así que llamó, le abrió una vieja.

— ¡ Oh ! buenas noches, madre ; ¿ está pronta la cena ?

— Sí, y hasta está ya fría.

— ¿ Está ahí él ?

— No, todavía no ; pero el caballero está.

— ¿ Qué caballero ?

— Aquél á quien tentais necesidad de hablar.

— ¡ Yo !

— Sí, vos.

Este coloquio pasaba en una especie de antesala con

una puerta vidriera que separaba la meseta de la escalera de un gran cuarto que daba á la calle.

Á través de la puerta vidriera se veía claramente la lámpara que alumbraba el cuarto, cuyo aspecto era si no satisfactorio á lo menos soportable.

Unas viejas cortinas de seda pajiza que el tiempo había jaspeado y blanqueado en algunas partes, algunas sillas de terciopelo de Utrecht verde, un gran ropero de viejo con doce cajones, de taracea, y un viejo sofá pajizo, tales eran las magnificencias de aquel aposento.

La joven no reconoció á aquel hombre, pero nuestros lectores lo reconocerán perfectamente : era el mismo que había amotinado á los curiosos al paso de la pretendida reina, el hombre que había dado los cincuenta luisés para el folleto.

Un cartel amueblaba la chimenea flanqueado de dos jarroncitos de Japón azul, visiblemente hendidos.

La joven abrió bruscamente la puerta vidriera y fué hasta el sofá, en el cual estaba sentado muy tranquilamente un hombre de buena cara, más bien grueso que delgado, que con una mano blanca muy bella jugueteaba con una riquísima pechera de encaje.

La joven no tuvo siquiera tiempo de dar principio á la conversación.

Aquel singular personaje hizo una especie de saludo, mitad movimiento y mitad inclinación, y fijando en la joven una mirada brillante y llena de benevolencia, le dijo :

— Sé lo que vais á preguntarme ; pero os responderé mejor preguntándoos yo mismo. ¿ Sois la señorita Oliva ?

— Sí, señor.

— Mujer encantadora, muy nerviosa y apasionadísima del sistema de M. Mesmer.

- Como que llego de su casa.
- Muy bien ; eso, según lo que leo en vuestros ojos, no os explica el motivo de hallarme aquí sobre vuestro sofá, y esto es lo que deseáis particularmente saber.
- Habéis adivinado exactamente, caballero.
- ¿ Queréis hacerme la gracia de sentaros ? Si permanecéis en pie, tendré yo que levantarme también, y entonces no podremos hablar con comodidad.
- Podéis vanagloriaros de tener unos modas muy extraordinarios, replicó la joven á quien llamaremos en lo sucesivo señorita Oliva, puesto que se dignaba responder á este nombre.
- Señorita, os he visto hace poco en casa de M. Mesmer, y os he hallado tal como yo os deseaba.
- ¡ Caballero !...
- ¡ Oh ! no os alarméis, señorita ; no os digo que os he hallado hechicera ; no, eso os haría el efecto de una declaración de amor, y no es esta mi intención. Os ruego que no os alejéis tanto, porque me obligaréis á gritar como un sordo.
- Entonces, ¿ qué es lo que queréis ? preguntó sencillamente Oliva.
- Sé, continuó el desconocido, que estáis habituada á oír deciros que sois hermosa ; yo, aunque lo pienso así, tengo otra cosa que proponeros.
- Caballero, en verdad que me estáis hablarlo en un tono...
- No os espantéis antes de haberme oído.. ¿ Acaso hay aquí alguno escondido ?...
- Entonces, si no hay ninguno escondido, no os embaracemos para hablar... ¿ qué diríais de una pequeña asociación entre nosotros ?

- ¡ Una asociación !... Bien veis que...
- He ahí que volvéis á confundiros. No os digo unión, os digo asociación. No os hablo de amor sino de negocios.
- ¿ Qué clase de negocios ? preguntó Oliva cuya curiosidad se revelaba en su verdadero aturdimiento.
- ¿ Qué hacéis durante el día ?
- Pero...
- No temáis, pues no vengo á censuraros ; decidme lo que os agrada.
- No hago nada, ó hago lo menos posible.
- Sois perezosa.
- ¡ Oh !
- Perfectamente.
- ¡ Ah ! ¿ decís perfectamente ?
- Sin duda. ¿ Qué me importa que seáis perezosa ? ¿ Os gusta pasearos ?
- Muchísimo.
- ¿ Ir á los teatros, á los bailes ?
- Mucho.
- ¿ Vivir regaladamente ?
- Sobre todo.
- Si yo os diese veinticinco luises al mes, ¿ me desearíais ?
- ¡ Caballero !
- Querida Oliva, veo que volvéis á dudar. Sin embargo habíamos convenido en que no os espantaríais. He dicho veinticinco luises como habría dicho cincuenta.
- Preferiría cincuenta á veinticinco ; pero lo que prefiero aun á los cincuenta es el derecho de elegir mi amante.
- ¡ Voto á bríos ! ya os he dicho que yo no quiero ser vuestro amante ; así no os mortificaréis.

— Entonces, ¡ voto á brios! digo yo también ; ¿ qué queréis que haga para ganar vuestros cincuenta lises ?

— ¿ Hemos dicho cincuenta ?

— Sí.

— Bien, sean cincuenta. Me recibiréis en vuestra casa, me pondréis la mejor cara posible, me daréis el brazo cuando yo lo desee, me aguardaréis donde yo os diga.

— Pero, caballero, yo tengo un amante.

— Y bien, ¿ qué ?

— ¿ Cómo qué ?

— Sí... despedidle, ¡ voto á sanes !

— ¡ Oh ! yo no despido á Beausire así como quiera.

— ¿ Queréis que yo os ayude á despedirle ?

— No, pues le amo.

— ¡ Oh !

— Un poco.

— Es precisamente demasiado.

— Pues es como os digo.

— Entonces, pase en cuanto á Beausire.

— Sois de buen acomodo, caballero.

— Sí, pero á condición de tener mi desquite. ¿ Os agradan las condiciones ?

— Me agradan si me las habéis dicho todas.

— Escuchad, querida mía ; he dicho todo lo que tengo que decir en este momento.

— ¿ Á fe de caballero ?

— Á fe de caballero. Sin embargo, ya comprenderéis una cosa.

— ¿ Qué cosa ?

— Que si por casualidad tuviese yo necesidad de que fueseis mi querida.

— ¡ Ah ! mirad, caballero : jamás tiene uno necesidad de eso.

— Pero sí de parecerlo.

— ¡ Oh ! en cuanto á eso pase también.

— Pues bien, quedamos corrientes.

— Tocad los cinco.

— He aquí el primer mes anticipado.

Y le alargó un paquete de cincuenta lises sin tocar siquiera la punta de sus dedos, y como ella vacilase, se los deslizó en el bolsillo de su vestido, sin rozar con la mano aquella cadera tan redonda y móvil que los más finos cata-dores de España no habrían desdeñado como él.

Apenas había llegado el oro al fondo del bolsillo, cuando dos golpes secos dados en la puerta de la calle, hicieron á Oliva saltar hacia la ventana.

— ¡ Dios de misericordia ! exclamó. ¡ Escapaos pronto, porque es él !

— ¡ Él ! ¿ quién es él ?

— Beausire... mi amante ; pero ¿ qué hacéis que no os moyéis ?

— ¡ Ah ! ¡ á fe mía, tanto peor !

— ¡ Cómo tanto peor ! ¡ Cuidado, porque os va á hacer tajadas !

— ¡ Bah !

— ¿ No oís cómo llama ? Va á echar abajo la puerta.

— Mandad que le abran ; ¡ qué diablo ! ¿ por qué no le dais un picaporte ?

Y el desconocido se tendió sobre el sofá diciendo en voz baja :

— Necesito ver á ese perillán para formar juicio acerca de él.

Los golpes continuaban, mezclados con espantosos juramentos que subían mucho más arriba del segundo piso.

— ¡Id, madre! ¡corred á abrir! dijo Oliva muy furiosa. Y en cuanto á vos, caballero, si os sucede alguna desgracia, tanto peor para vos.

— Así es, tanto peor para mí, repitió el impasible desconocido sin moverse del sofá.

Oliva escuchaba palpitando sobre la meseta de la escalera.

### CAPÍTULO III.

#### MONSIEUR BEAUSIRE.

Oliva salió al encuentro de un hombre furioso que con las manos extendidas, la cara pálida, el vestido en desorden, invadía el aposento lanzando roncadas imprecaciones.

— ¡Beausire! ¡vamos, Beausire! dijo Oliva con una voz no bastante asustada para desmentir su valor.

— ¡Suéltame! gritó el recién venido desembarazándose brutalmente de los brazos de Oliva.

Y continuando en un tono progresivo, añadió:

— ¡Hola! conque no me abrían la puerta porque había aquí un hombre! ¡Hola, hola!

Como hemos dicho, el desconocido había permanecido en el sofá en una actitud tranquila é inmóvil, que M. Beausire debió tomar por indecisión ó por espanto.

Llegó enfrente de aquel hombre rechinando los dientes de un modo siniestro, y dijo:

— ¡Supongo que me responderéis, caballero!

— ¿Qué queréis que os diga, querido señor Beausire? replicó el desconocido.

— ¿Qué hacéis aquí? y primeramente, ¿quién sois?

— Soy un hombre muy pacífico á quien estáis poniendo unos ojos espantosos, y estaba hablando con esta señorita con todo el decoro debido.

— ¡Oh! sí, de seguro, ¡con todo el decoro debido!

— ¡Cállate tú la boca! vociferó Beausire.

— ¡Despacio, despacio! No tratéis con tanta aspereza á esta señorita que está del todo inocente, y si estáis de mal humor.

— Sí, lo estoy.

— Habrá perdido en el juego, dijo Oliva á media voz.

— ¡Estoy despojado, muerto de todos los diablos! dijo roncamente Beausire.

— Y no os disgustaría el despojar un poquito á alguno; eso se concibe, querido señor Beausire, dijo sonriendo el desconocido.

— ¡Dejémonos de bromas, y hacedme el gusto de largaros!

— ¡Oh! ¡señor Beausire, un poco de indulgencia!

— ¡Por vida de todos los diablos! Levantaos y hablad, ó si no hago trizas el sofá con cuanto está encima.

— No me habíais dicho, señorita, que el señor Beausire tenía estas lunas; ¡cuerpo de Cristo! ¡qué ferocidad!

Beausire, exasperado, hizo un gran movimiento teatral, y para desenvainar la espada describió con los brazos y la hoja un círculo de diez pies de circunferencia á lo menos.

— Por última vez, dijo, levantaos, ó de lo contrario os clavo contra ese respaldo.

— En verdad que no cabe más importunidad, respondió

el desconocido desenvainando suavemente con la mano izquierda la espadita que había puesto tras de sí sobre el sofá.

Oliva principió á dar gritos agudos.

— ¡Señorita, señorita! callaos, dijo el hombre tranquilo, que ya había empuñado su espada sin levantarse de su asiento; callaos, porque si no van á suceder dos cosas: la primera, que aturdiréis al señor Beausire, y él se hará ensartar; la segunda, que subirá la ronda, os aporreará y os llevará derecho á San Lázaro.

Oliva reemplazó los gritos con una pantomima de las más expresivas.

El espectáculo era curioso. De un lado, M. Beausire despechugado, beodo de rabia, descargaba estocadas sin alcance ni táctica á un adversario impenetrable. Del otro, un hombre sentado en el sofá, con una mano tendida sobre la rodilla y la otra armada, parando los golpes con agilidad, sin sacudidas, y riendo de un modo capaz de espantar al mismo San Jorge.

La espada de Beausire no había podido conservar la línea un solo instante, por hallarse en continuo movimiento á causa de los quites de su adversario.

Beausire principiaba á fatigarse, á dar resoplidos; pero la cólera había hecho lugar á un terror involuntario; pues reflexionaba que si aquella espada complaciente quería alargarse, extenderse en un pase, era llegada su última hora. Apoderóse de él la incertidumbre, partió á fondo, pero no dió más que en el primer tercio de la espada del adversario. Éste la enganchó vigorosamente, y le desarmó haciendo volar la espada como una pluma.

La espada se entiló por el cuarto, atravesó un vidrio de la ventana, y desapareció.



Beausire no sabía ya qué hacer.

— ¡Oh! señor Beausire, dijo el desconocido; tened cuidado, porque si vuestra espada cae de punta y pasa por debajo alguno, lo puede matar!

Beausire, vuelto en sí, corrió á la puerta y se precipitó á la escalera para recoger su arma y evitar una desgracia que hubiera podido embrollarlo con la policía.

En este intermedio, Oliva cogió la mano del vencedor y le dijo:

— ¡Oh! caballero, sois esforzadísimo; pero Beausire es traidor, y además me comprometéis si os quedáis aquí. Cuando hayáis marchado, es seguro que me golpeará.

— Entonces me quedo.

— No, no; ¡por favor! Cuando él me golpea, también yo le golpeo á él, yo soy siempre la más fuerte: pero entonces es porque no tengo que guardar ningún miramiento. Os suplico que os retiréis.

— Reflexionad bien una cosa, hermosa mía; y es que si marcho voy á tropezarlo abajo, ó bien acechándome en la escalera, volveremos á batirnos, y en una escalera no se paran los golpes como en un canapé.

— ¿Y entonces?

— Entonces mataré á Beausire, ó me matará él.

— ¡Dios mío! verdad es; ¡no tendríamos mal escándalo en la casa!

— Debemos evitarlo, y de consiguiente me quedo.

— ¡Salid por el amor del cielo! Subid al piso de arriba hasta que él haya entrado, pues creyendo hallaros aquí, no irá á buscaros en ninguna otra parte, y una vez haya puesto los pies en este aposento, ya me oiréis cerrar la puerta con llave y yo aprisionaré á mi hombre, y me meteré

la llave en el bolsillo. Entonces, mientras yo me bato valerosamente para ocupar el tiempo, emprended vuestra retirada.

— Sois encantadora; ¡hasta otra vista!

— ¡Hasta otra vista! ¿y cuándo será?

— Esta noche, si gustáis.

— ¡Cómo esta noche! ¿Estáis loco?

— ¡Pardiez! sí, esta noche. ¿No hay baile en la Ópera esta noche?

— Pero haceos cargo que son ya las doce.

— Bien lo sé, pero ¿qué importa?

— Necesitamos dominós.

— Beausire irá á buscarlos, si sabéis batirle.

— Tenéis razón, dijo Oliva riendo.

— Y ahí tenéis diez luises para los disfraces, dijo el desconocido riendo también.

— ¡Adiós, adiós! ¡gracias!

Y le empujó hacia la escalera.

— ¡Bueno! Están cerrando la puerta de abajo, dijo el desconocido.

— No hay más que un pestillo y un cerrojo por el interior.

¡Adiós, que ya sube!

— Pero si por casualidad fueseis batida, ¿cómo me lo enviaríais á decir?

Oliva se puso á reflexionar.

— ¿Debéis tener criados? dijo.

— Sí, dejaré uno apostado bajo vuestras ventanas.

— Perfectamente, y que mire hacia arriba hasta que le caiga un billetito sobre las narices.

— Muy bien. ¡Adiós!

El desconocido subió á los pisos superiores, cosa que

era muy fácil, pues la escalera estaba oscura, y Oliva, interpelando en voz alta á Beausire, cubría el ruido de los pasos de su nuevo cómplice.

— ¿Acabarás de llegar, renegado? gritaba á Beausire, que no subía sin hacer serias reflexiones sobre la superioridad física y moral de aquel intruso tan insolentemente instalado en el domicilio ajeno.

Por último llegó al piso donde le aguardaba Oliva; traía la espada en la vaina y venía rumiando un discurso.

Oliva le cogió por los cabezones, le empujó dentro de la antesala y cerró la puerta con llave como lo había prometido.

El desconocido pudo oír al retirarse el principio de una lucha en que brillaban como los platillos en una orquesta, esa especie de golpes secos que vulgarmente y por onomatopeya se llaman trompazos.

Á los trompazos se mezclaban los gritos y reconvenciones. La voz de Beausire tronaba, y la de Oliva atronaba, permítasenos este pequeño juego de palabras, que expresa exactamente nuestra idea.

— En efecto, decía el desconocido al alejarse, nadie hubiera podido creer jamás que esa mujer, tan estupefacta hace un momento por la llegada de su amante, poseyese semejante facultad de resistencia.

El desconocido no perdió tiempo en observar el final de la escena.

— Hay demasiado calor al principio para que esté lejano el desenlace, dijo.

Dió la vuelta á la esquina de la pequeña calle de Anjou-Daufine, donde halló su carroza esperándole, y que había entrado en aquella calle á reculadas; dijo una palabra á uno

de sus criados, el cual se destacó de los demás y fué á apostarse en la densa obscuridad de una pequeña arcada que cubría la entrada de una casa antigua, desde donde veía las ventanas alumbradas y podía juzgar por las sombras todo lo que pasaba en el interior.

Aquellas imágenes, al principio muy agitadas, acabaron por calmarse un poco, y por último no quedó más que una.